

CIENCIA Y TECNOLOGIA PARA EL BIEN COMUN: DIGITALIZACION, EQUIDAD E INCLUSION

HENNING JENSEN PENNINGTON

Ex Rector Universidad de Costa Rica

Introducción

La pandemia de COVID-19 representa retos descomunales para todos los países del mundo y, muy especialmente, para América Latina y el Caribe, en tanto que ha agudizado problemas preexistentes y evidenciado las dificultades estructurales para enfrentarla de manera coordinada y solidaria. La ciencia y la tecnología constituyen recursos muy importantes para enfrentar la pandemia. El conocimiento sistemático, en ciencias básicas y sociales, es esencial en el diseño de medidas de salud pública y en la generación de intervenciones técnicas para mitigar y eventualmente superar los efectos de la pandemia.

Los medios digitales representan un recurso privilegiado para posibilitar la cooperación inter y transdisciplinaria allende las fronteras nacionales. En el campo de la educación y particularmente de la educación superior, la cooperación regional e internacional tiene hoy una relevancia especial y quizá aún más urgente e impostergable.

Los esfuerzos por consolidar esa cooperación, representan una oportunidad única para actuar en términos de un espacio común latinoamericano y caribeño; con dos principios fundamentales: el bien común y el valor público.

Un mundo desigual

En la discusión sobre el papel que han de jugar la ciencia, la tecnología y la innovación para contribuir al bien común, es menester precisar algunos aspectos que, con frecuencia,

reciben una mención incidental. Realizar estas precisiones es una tarea urgente, sobre todo de cara al complejo panorama que ofrece actualmente la sociedad digital.

En una publicación reciente⁴⁷, Mariana Mazzucato *et al.* señala la esperanzadora circunstancia de que, hacia finales del 2020, ya existían varias vacunas desarrolladas contra el virus SARS-CoV-2, lo que permitiría el inicio de su aplicación masiva en las poblaciones afectadas, las cuales debe entenderse que abarcan a todo el planeta. Esto constituye, sin duda alguna, un resultado muy positivo de la investigación científica que debe considerarse un éxito de gran trascendencia.

En su breve nota, Mazzucato *et al.* Indica también que este logro científico y tecnológico obedece en gran parte a una enorme inversión pública que los Estados han puesto a disposición de empresas farmacéuticas y de biotecnología. Esta inversión de recursos públicos –ya en sí misma de inmensas dimensiones– adquiere mayores proporciones si se toma en cuenta que se ha tratado de una inversión en CTI+D continua y sostenida a lo largo de décadas; o sea, ha sido el fruto de una política estratégica en este campo.

El propósito de la citada inversión, ha sido resolver problemas globales compartidos mediante el desarrollo de capacidades científico-tecnológicas. Potencialmente, la pandemia se ha convertido en una oportunidad de solidaridad planetaria. En contraste con esta posibilidad, el artículo mencionado señala la socavación del beneficio universal, al indicar que los países económicamente más poderosos, se han asegurado 3,8 billones de dosis de vacunas; en comparación con 3,2 billones para el resto del mundo.

Este evidente desequilibrio es parte de múltiples brechas; que forman un laberinto de realidades especulares que se potencian entre sí: brecha económica, brecha científico-tecnológica, brecha educativa, brecha digital, brecha de género, y así sucesivamente. Esta sumatoria de desigualdades conspira contra la equidad de acceso a bienes comunes que son de vital importancia para un futuro de la humanidad caracterizado por la justicia, la equidad y la igualdad. Los Objetivos de Desarrollo Sostenible de la Agenda 2030, entre ellos el acceso universal a la salud, parecen imposibles de alcanzar si no están dadas las condiciones materiales de su realización, lo cual se agrava con el papel que juegan los factores políticos y económicos en la distribución de los recursos científico-tecnológicos para enfrentar emergencias compartidas.

El lema de la plataforma Covax - la iniciativa de distribución de vacunas contra el nuevo coronavirus - reza: “nadie está a salvo hasta que todos estén a salvo”. Este principio puede aplicarse al ámbito del conocimiento y a los temas de la ciencia y la tecnología. La emergencia global de salud ha puesto al desnudo la existencia de una brecha digital que obstaculiza y, en muchos casos, impide radicalmente el acceso a la educación: si no existe garantía de acceso a los recursos que ahora, en tiempos de pandemia, son necesarios para asegurar la equidad, la igualdad y la inclusión, el futuro inmediato será el de un planeta dividido en muy diferentes clases y tipos de países, poblaciones y personas que tendrán acceso diferencial (en muchos casos negativo) a las tecnologías de la comunicación y a los beneficios del desarrollo científico y tecnológico.

47 Mazzucato, Mariana *et al.* (2020). Designing vaccines for people, not profits. *Social Europe*. <https://www.social europe.eu/designing-vaccines-for-people-not-profits>

El bien común

Hay conceptos que, por la frecuencia de uso, son tomados por evidentes en sí mismos, más conviene evocarlos para renovar su vigencia. ¿Qué se entiende por “bien común”?

Aristóteles introdujo este concepto en la filosofía política; al afirmar que la vida social requiere un bien común, o sea, un fin que asegure la cohesión de la colectividad más allá de la simple convivencia.

Ese fin, es el vivir bien: la vida en sociedad debe regirse por conductas virtuosas. Un famoso aforismo de Theodor W. Adorno dice que no es posible la vida buena en la vida mala, o, si se prefiere, en condiciones que no permitan alcanzar la felicidad y practicar la justicia, tanto en el plano individual como en el colectivo. En este sentido, se habla de un sistema de reciprocidades entre las personas y la sociedad: la felicidad individual depende del grado de emancipación de la colectividad.

Este tema está todavía vigente en la filosofía moral contemporánea. Hace casi una década, en un discurso que se ha vuelto célebre, Judith Butler⁴⁸ retomó el pensamiento de Adorno y se hizo la pregunta: ¿puede uno llevar una vida buena en una vida mala?; sería ilusorio pensar que existe una coincidencia entre los intereses individuales y los sociales, sería más bien, entre ellos hay tensiones, pero puede pensarse que el bien de una persona depende de las condiciones generales de posibilidad de ese bien para la comunidad.

Los seres humanos crean y renuevan las instituciones sociales: conjuntos de normas recíprocamente reconocidas que regulan la vida social. Estos rasgos se construyen a partir de un conjunto de habilidades y motivaciones propias de la humanidad. Michael Tomasello⁴⁹, uno de los más importantes investigadores de la evolución humana, ha dicho que estas formas únicas de cooperación son posibilitadas por una “intencionalidad compartida”, es decir, la capacidad de crear con otras personas intenciones y compromisos comunes en actividades cooperativas.

No es fácil lograr el equilibrio entre el interés individual y el general, pero, una vez conquistado, resulta una garantía para la bonanza colectiva y el bienestar personal.

En este conjunto de ideas, es posible inscribir un pensamiento que se le atribuye a Albert Einstein, a saber, que el conocimiento verdaderamente valioso es el que se traduce en bienestar para las personas. Debe aclararse que no toda investigación fundamental o básica se traduce en beneficios directos de manera inmediata, lo cual no disminuye su valor esencial e imprescindible. Las mismas teorías de Einstein, cuya abstracción es notoria, más de cien años después de su publicación, se encuentran en la base de innumerables innovaciones tecnológicas que se han vuelto parte de la vida cotidiana.

Las anteriores consideraciones apuntan a un compromiso –no sólo de la comunidad científica, sino de la sociedad en su conjunto– con un modelo de distribución del conocimiento y de su materialización tecnológica que le permita el acceso a sus beneficios a un sector amplio de la población mundial.

48 <https://www.radicalphilosophy.com/article/can-one-lead-a-good-life-in-a-bad-life>

49 Tomasello, Michael. *Why we cooperate*. MIT Press, 2009.

En teoría de la ciencia se ha hablado, a lo largo del tiempo, de que las investigaciones científicas deben tener *relevancia interna*, con lo cual se quiere decir que los resultados empíricos deben ser congruentes y tener importancia para la teoría que abarca un conjunto determinado de conocimientos. Pero de manera complementaria, y sin ser excluyente, se habla de *relevancia externa*, o sea, que las teorías científicas deben ser significativas; tener importancia para el desarrollo de la ciencia y - más allá de ello - para la humanidad.

Creación de valor público

Cuando en 1991 se anunció públicamente la red informática mundial (WWW), cuya creación se debió en su mayor parte a inversión de recursos públicos, se anticipó una especie de intuición utópica, en el sentido de que estos nuevos recursos digitales desembocarían en la posibilidad de compartir libre y gratuitamente el conocimiento. Incluso, más allá de ello, se percibió la posibilidad de desarrollar una sociedad global interconectada y, además, una comunidad universal de comunicación con vínculos fortalecidos de cooperación y solidaridad.

Esa anticipación utópica no se ha cumplido, aunque su potencial persiste de manera latente, a pesar de la apropiación privada de la inmensa riqueza que la red ha posibilitado generar. La red tiene las dos caras de Jano y en ella coexisten varias paradojas, entre las cuales destaca que, a pesar de su potencial de acercar naciones y gentes, se ha convertido en el espacio por antonomasia de las “realidades alternativas” y las “noticias falsas”; ha mutado el instrumento que sirve para la manipulación del comportamiento y de las conciencias, lo que influye negativamente en la socialización de la ciencia y la tecnología.

Conclusiones

Es posible que la pandemia de COVID-19 desemboque en cambios que no serán pasajeros y que, cuando la humanidad logre controlarla, se genere lo que se ha dado en llamar “la crisis después de la crisis”, es decir, será perentorio gestionar soluciones para los problemas preexistentes y los nuevos, que la pandemia ha agudizado. Entre ellos saltan a la vista las desigualdades extremas y la profunda brecha en el acceso a la tecnología, pero también han de focalizarse esfuerzos especiales en atender la brecha de géneros y la manera diferencial en que la crisis ha impactado en las mujeres y en poblaciones marginales.

Al pensar en la ciencia y la tecnología como medios para la creación de valor público, se debe tener presente que, más allá del acceso a esos medios y de manera simultánea, se requiere el desarrollo de un entorno social que favorezca las condiciones para asegurar igualdad y equidad. La enfermedad COVID-19 ha conducido a una gran crisis económica que a la vez es sanitaria, ambiental, social y humanitaria.

Los medios digitales - en general, la ciencia y la tecnología - son herramientas poderosas para solucionar crisis presentes y futuras. La humanidad saldrá de ellas en mejores condiciones si atiende los objetivos del bien común y del valor público.